

INTRODUCCIÓN

La figura de Francisco Coll y Guitart introduce necesariamente en la época del *liberalismo decimonónico* en España. Nació en 1812 y falleció a los 62 años de edad en 1875. Su vida bien puede decirse que se desarrolló íntegramente en Cataluña, con una salida puntual a la Franja aragonesa bañada por el Noguera Ribagorzana. Esta concentración de la existencia en un escenario geográfico que puede parecer reducido, no disminuyó sus horizontes, sino que le llevó a forjarse una visión universal, y una continuada aspiración a realizar el bien por el mundo entero. Utilizó con soltura, de palabra y por escrito, tanto su lengua catalana materna, como la castellana, en cuya gramática se introdujo apenas alcanzó el uso de razón. Madre de ambas es el latín, que estudió a fondo y manejó con pericia. La lengua del Lacio le franqueó las puertas de la literatura clásica, la historia, la filosofía, el derecho y, especialmente, la teología escolástica, y así pudo estudiar directamente la obra de Santo Tomás de Aquino, en particular la *Suma de Teología*, que mantuvo como libro de consulta indispensable. El latín le facilitó el acceso asiduo a la Biblia, en su versión de la Vulgata. De ella se tomaban los textos que desde muy joven utilizó para orar, cantar y celebrar la fe, tanto por medio del misal, como del breviario en el rito dominicano. Muchos textos latinos de la Sagrada Escritura pasaron a su feliz memoria, y le proporcionaron recursos para una comunicación ininterrumpida con los demás.

No puede trazarse su biografía sin evocar la época en que vivió. Interesan los aspectos políticos, sociales, culturales, y evidentemente los religiosos. Vivió en su tiempo y

colaboró para mejorarlo, y pasarlo enriquecido a las generaciones siguientes. Soportó penalidades desde su nacimiento, en una España ocupada, reino que intentó más tarde volver hacia los ideales propios del *antiguo régimen* y, poco después, se volcó, en nombre de conquistas liberales, hacia una represión de lo que llevara la marca de lo religioso. Sufrió guerras y experimentó las secuelas de las mismas. Pero todo esto no le condujo a replegarse hacia el interior de sí mismo, en busca de zonas de seguridad y progreso personal. No se fabricó una torre de marfil para su propio solaz. Con espíritu generoso y aceptando el sacrificio salió al encuentro de las necesidades, todas ellas encarnadas en necesitados de carne y hueso, con nombres y apellidos que se esforzó por aprender, y sobre todo por ofertarles las soluciones que estaban a su alcance.

No disponía de oro y plata y, en consecuencia, no pudo repartir tesoros de índole material. Fue pobre por nacimiento y más todavía por elección. Tampoco se puso al frente o se introdujo con su labor en el incipiente desarrollo industrial. No estuvo en su mano arrebatar las armas de quienes las utilizaban contra sus hermanos, ni las teas incendiarias que dejaban a tantos contemporáneos sin alimento ni hogar, sin padres, hijos o hermanos. Pero tampoco tenía las manos vacías, y de lo que abundaba repartió hasta su muerte.

Fue rico en fe y confianza en el que denominaba corrientemente el «buen Dios». Experimentó y comunicó su convencimiento de que los trabajos y tribulaciones no sólo son llevaderos, sino hasta fáciles de afrontar con el recuerdo de que Dios es Padre para todos y en toda circunstancia. Fue como un volcán de amor, sin descanso en el empeño de difundir su lava incandescente hasta lo más remoto del orbe. Le mantuvo la fuerza de la esperanza, y así colocó el corazón en los bienes del reino de Dios y confió en la omnipotencia divina. Estas fuerzas, que ciertamente son humanas pero tienen su origen en Dios, le enriquecieron, y precisamente fue ésta la riqueza que repartió.

Robustecido por el ejercicio de la virtud y con muy buena preparación doctrinal salió al encuentro de quienes anhelaban un cambio que dejara atrás tantos odios inveterados, luchas entre hermanos, falsedad en las relaciones, tibieza en la fe, abandono de la práctica religiosa, pérdida de valores éticos, debilitamiento del celo apostólico, intransigencia para el libre ejercicio de las convicciones religiosas, insolidaridad, desaliento ante el reto de los grandes ideales, desánimo ante la injusticia, la pobreza vergonzante, ignorancia de todo tipo, que afectaba especialmente a las llamadas clases populares, y entre ellas al género femenino. Su intuición le guió hacia pueblos y ciudades, sin ahorrarse sacrificios. Comprobó que la sociedad de su tiempo quería enriquecerse con el valor de la paz, la fortaleza para el perdón, la vuelta al evangelio como camino nuevo de una humanidad renovada, la solidaridad, el trabajo honrado para mejorar la familia y la sociedad, la formación en el saber y en el cultivo de la riqueza inmensa que toda persona posee para desarrollarse, la orientación de todo hacia Dios. Sólo esta sintonía perfecta entre la demanda sincera y la oferta de óptima calidad que hacía explica el gentío que logró reunir, niños y ancianos, matrimonios y solteros, religiosos y sacerdotes. Multitudes, ciertamente, correspondieron al esfuerzo generoso del nuevo Santo, que tenía hasta el don de transformar con rapidez a una minoría de enemigos en verdaderos amigos.

A distancia de más de siglo y medio se perciben en él los rasgos de un apóstol que contribuyó con eficacia a renovar la sociedad y la religiosidad de su tiempo. Un profeta que escuchó y comunicó cuanto el Señor le encargó transmitir a su pueblo. La providencia ha querido que su canonización se realice en el marco de un año especialmente dedicado al sacerdocio. Es un buen modelo de vida y misión sacerdotal. Es, desde luego, un amigo entrañable de los sacerdotes. A ellos dedicaba un tiempo especial, antes de dirigirse al pueblo que tenían confiado. Lo hacía por medio de ejercicios espirituales, antes de comenzar sus

misiones populares. Fueron centenares, y de diferentes diócesis, los sacerdotes que escucharon su voz y le abrieron su alma en aquellos encuentros de retiro que les dedicaba como primicia de sus trabajos agotadores. Le consultaban tanto los que ocupaban parroquias rurales, como los que atendían las feligresías de las grandes ciudades.

Tras el encuentro con los pastores organizaba el trato directo con los integrantes del laicado, de todas las edades y condiciones. Todos, como tendrá ocasión de comprobar quien continúe adentrándose en las páginas siguientes de este libro, hallaban en él palabras de vida eterna, el regalo de la misericordia de Dios y del encuentro pacífico y justo con sus semejantes. No se olvidaba de los ancianos, impedidos, enfermos, encarcelados y tantos pobres como entonces recorrían los caminos o vagaban por ciudades y villas.

Los niños, las niñas, particularmente, le robaron el corazón. Conocía sus carencias y sobre todo tenía confianza en sus posibilidades. Eran sólido fundamento de la vida familiar y social. De cara a la infancia y juventud necesitada planificó el apostolado de su congregación, reunida para ofrecer cauces de perfección y apostolado a muchas jóvenes pobres con vocación al estado religioso. A las religiosas en general animó en su camino. A su congregación de dominicas de la Anunciata propuso el mismo ideal de Santo Domingo: servir en la mesa de la doctrina cristiana con la luz de la teología.

La Iglesia ha querido, tras un largo proceso de canonización, ofrecerlo a todos los integrantes del Pueblo de Dios y a todas las personas de buena voluntad, que para él lo eran todas, al menos todas estaban llamadas a descubrir el amor de Dios indefectible y transformador. A todos hará bien repasar su vida y mensaje en estos comienzos de un tercer milenio de la historia cristiana. La presente biografía es una propuesta que se une a otras realizadas con anterioridad desde hace cien años. Está apoyada en múltiples fuentes, que recogen fundamentalmente dos obras

editadas por nosotros con anterioridad: Francisco Coll, O.P., *Testimonios* (1812-1931), Valencia 1993 (= T), y Francisco Coll, O.P. (1812-1875), *Obras Completas*, Valencia 1994 (= O). La bibliografía por extenso está recogida en estas dos obras, y a ellas remitimos, para no fatigar en esta ocasión a los lectores. Se ofrece tan sólo una bibliografía sucinta, y una cronología para situar con mayor facilidad las etapas por las que fue transcurriendo su existencia.

Nos resta agradecer, y lo hacemos con gusto, a fray Carlos A. Azpiroz Costa, Maestro de la Orden de Predicadores por la deferencia que ha tenido al prologar esta obra. Gratitud a toda la Orden y su Provincia de Aragón, que entregan a la Iglesia una nueva figura que se santificó en el camino abierto por Santo Domingo de Guzmán. Gracias de manera particular a la Congregación de Hermanas Dominicas de la Anunciata por él fundada, que se esfuerza por seguir sus huellas y mantener su espíritu en cuatro continentes.

VITO T. GÓMEZ GARCÍA, O.P.

Roma, 29 de abril de 2009

Fiesta de Santa Catalina de Siena